

ella trece años? Hay muchas cosas peores en Nueva York».

Cuando llegó la hora de decir adiós, el octogenario se levantó de su asiento como un muchacho y acompañó a su visitante fuera del pórtico, hablando todo el trayecto.

«Es algo bueno, dijo, que usted y yo hayamos descubierto algunos gus-

tos en común, el gusto por James Huneker, por ejemplo; de otra manera, —sus ojos relampaguearon maliciosamente,—habríamos tenido que odiarnos!»

(Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO, del *Book Review and Magazine* del *New York Times*, del 6 de noviembre de 1921).

PAZ O GUERRA

La magnitud de la empresa y la trivialidad humana

POR H. G. WELLS

NUEVA York, noviembre 5.—La conferencia que se ha dado en llamar de limitación de armamentos, hoy reunida en Washington, podrá llegar a constituir un acontecimiento cardinal en la Historia de la Humanidad, podrá convertirse en un eje que resuelva los asuntos que hoy inquietan a los hombres; o bien podrá solamente señalarse como un último fracaso, alrededor del cual graviten desastre y destrucción. El mes de agosto de 1914 dió fin una era de progreso inseguro y de acumulación. Cuando al fin, una noche de verano que será siempre memorable en la Historia, el militarismo, tras largos preparativos, rompió sus diques y una pequeña aldea belga voló envuelta en flamas, los hombres presintieron la catástrofe, pero les fué difícil anticipar la naturaleza de esa catástrofe. Pensaron a todo lo más en una guerra carnicera e incendiaria e imaginaron que cuando su último eco hubiera pasado nos limitaríamos a contarnos los golpes y volver de nuevo a la salud que gozáramos antes de 1914. La catástrofe de 1914 aun prevalece, no parece terminar; aumenta y se esparce. Durante este invierno más gente sufrirá penas agónicas, más gente morirá prematuramente como consecuencia del choque de 1914, que la que sufrió y murió el primer año de la guerra. Es cierto que el derrumbe social de Rusia en 1917 y el agotamiento de alimentos y municiones que sufrió la Europa Central en 1918, produjo una especie de debilitamiento y disminución en las fuerzas antagónicas y que la fútil Conferencia de Versalles no solucionó nada; pero todo ello puso fin al desastre, como lo pondría el que un hombre que estuviera de pie y recibiendo terribles heridas cayera por tierra, pálido y sangrante; lo que sólo constituiría una nueva fase del desastre. Desde 1919 el mundo no se ha curado tanto de sus heridas como se ha dado cuenta de ellas. La primera es el agotamiento

económico en creciente, cuya magnitud apenas ahora comenzamos a estimar. Este decaimiento es una verdadera podredumbre, que se esparce y se esparce. En todos tiempos de escasez universal una creciente parálisis invade la producción y ésta existe en virtud de que el sistema monetario del mundo, que estaba sostenido por la cooperación de Gobiernos honrados, está derrumbándose. Las fluctuaciones monetarias son cada vez mayores y mayores; sacuden, minan en su base el mecanismo de la cooperación social. Nuestra civilización está fundada en el sistema de contado y crédito, que depende de la confianza que los hombres depositen en el valor de la moneda. Pero ahora la moneda constituye para nosotros un engaño, trabajamos por un salario en tanto que se nos da una moneda incierta. Nadie se atreve en la actualidad a celebrar contratos anticipados, nadie se atreve a fijar un convenio establecido, con relación al salario, nadie sabe lo que cien dólares, francos o libras valdrán dentro de dos años. ¿Qué beneficio se sigue con ahorrar? ¿Qué se puede prever? Los negocios y el empleo del trabajador, se vuelven imposibles. A menos que pueda darse a la moneda estabilidad y se logre restaurar nuestra vida económico social, el mundo seguirá su proceso de desintegración; y esto puede lograrse solamente mediante el esfuerzo mundial. Pero semejante esfuerzo mundial encaminado a reedificar la prosperidad mercantil es únicamente posible entre Gobiernos que sean sinceros en la paz y en virtud del Tratado de Versalles no existe aún paz sincera. Donde quiera los Gobiernos se arman, especialmente Japón y Francia. En medio de una constante indiferencia por el actual estado de cosas, esas naciones se preparan para nuevas guerras, que solamente pueden conducir a un término: la multiplicación del hambre, el derrumbamiento social que ya ha devorado a Rusia,

que devorará entonces al resto del mundo. En Rusia, en Austria y en muchas partes de Alemania la corrupción social es visible, que se manifiesta objetivamente en sus ruinas, en sus ferrocarriles mutilados y en sus maquinarias industriales que se llenan de moho por falta de uso. Pero aun en la Europa Occidental, en Francia; en Inglaterra, hay pobreza, hay descenso visible para cualquiera que tenga aguzada memoria. Viniendo como yo, de Europa a los Estados Unidos, es sorprendente la riqueza, la abundancia de Nueva York. Estos lugares parecen dotados de una vitalidad inagotable. Pero esta enorme ciudad congestionada, tórrica, cruzada por un torrente de tráfico y un concurso tal de gente diversa como jamás había yo visto antes, es, después de todo, la puerta europea de los Estados Unidos. Saca su vida superabundante y asombrosa de su comercio, un comercio cuyas raíces están muriendo.

Cuando se contempla a Nueva York, su seguridad, causa en uno asombro; cuando se reflexiona, comprende su tremendo peligro. Sigue su marcha de la misma manera que Londres sigue la suya, mediante una inercia acumulada. Con posiblemente la sola excepción de Londres, la posición de Nueva York me parece la más peligrosa de todas las ciudades de la tierra. ¿Qué pasará de esta muchedumbre inmensa si el comercio que la alimenta se desvanece? Y se desvanecerá a menos que el descenso de la moneda europea pueda ser detenido, a menos que el problema del crédito mercantil mundial pueda ser acomodado a la situación del mundo. La vida económica del mundo y su civilización, representada en sus grandes ciudades, está desintegrándose, como resultado de la tensión creada por la amenaza de la guerra moderna y la falta de coherencia en los asuntos del mundo. Esta, en términos generales, es la situación de la Humanidad hoy en día. La situación decisiva, la que será discutida en Washington en virtud de la convocatoria del Presidente Harding, —representante del país que es hoy el más poderoso de la tierra,—a los delegados de la mayor parte de las naciones del mundo. Cualesquiera pequeñas modificaciones o limitaciones que la diplomacia llegue a imponer a los puntos que se sometan en esta conferencia, el sentido común rudimentario de la Humanidad insistirá en que la pregunta fundamental es «¿Qué debemos hacer,—de ser posible hacer algo,—para detener esta marcha que nos conduce a prepararnos para la guerra y a la guerra misma, así como al derrumbamiento social por término?» ¿Y podréis figuraros que esta conferencia memorable habrá de